

la vida en que de nada se duda, y se ve el porvenir como tejido luminoso de triunfos y de dichas. Cualquier mortal por humilde y modesto que sea, figúrase entonces que ha recibido del cielo una misión; y los intelectuales, por poco que se eleven sobre el nivel común, suelen abultar tanto sus propios merecimientos, que creen van á dar nombre á su siglo, como Pericles, León X y Luis XIV. Seamos, pues, indulgentes con Sandoval, si tenía por averiguado que llegaría á ser una celebridad en las bellas artes, tanto más cuanto que, para ser justos, debemos también abonarle en cuenta la circunstancia atenuante de su íntima sociedad con don Teodomiro; pues Gómez y Pérez era un verdadero y redomado melagómano, que todo lo veía crecido y agigantado, y no podía andarse con medias tintas ni con paños calientes para nada. Nunca mencionaba á los maestros de segundo orden, sino sólo á los eminentes y sublimes, y traía siempre en la punta de la lengua á Bach, Beethoven, Weber, Mozart, Meyerber, Bellini, Donizetti, Verdi, y á todo lo más granado de la nomenclatura artística. Era Fópoli para él un rincón del mundo, bien dispuesto para las sublimidades de la música, pero donde todo estaba por hacer, como las naciones gentiles antes de la llegada de los apóstoles; y, aunque él no lo dijese, bien se echaba de ver que se con-

sideraba destinado á ser el San Pablo de aquella gente pagana. Vivía rodeado de las creaciones y partituras de los más ilustres compositores, que ejecutaba, hacía ejecutar, estudiaba, analizaba, y escudriñaba del principio al fin. Cuando no hacía eso, cogía los libros de historia de la música ó las biografías de los grandes compositores, y los leía, releía y aprendía de memoria, no sólo por los principios y reglas que contenían, sino también por las noticias meramente curiosas y anecdóticas que en ellos encontraba: fechas y lugares de nacimiento, maestros, excentricidades, amores y triunfos de los grandes músicos. Era una biblioteca ambulante: sabía dónde, cómo y cuándo se había estrenado cada ópera, qué día de la semana, si con tiempo malo ó bueno, qué artistas habían tomado parte en su desempeño y los episodios y detalles realizados durante la función. Y al pintar aquellas brillantes escenas, se entusiasmaba y enardecía de tal modo, que se ponía en pie, recorría á pasos precipitados la habitación, localizaba las cosas, y decía:

—Aquí estaba el escenario, allá el palco del Emperador, allí el del príncipe X, acullá el de la hermosa princesa H, más acá el sitio de la orquesta, y en este preciso lugar se sentaba el maestro al cémbalo.

Y seguía particularizando y detallando tan bien y tan menudamente los aconteci-

mientos, que no parecía sino que los hubiese presenciado; y era tal la impresión que con todo eso producía en el auditorio, que cuantos le oían, se figuraban ver con sus propios ojos las escenas y personajes á quienes Gómez y Pérez aludía. Por lo que hace á Joaquín, quedaba como electrizado al oírle, no apartaba de él los ojos mientras hablaba, y no pocas veces llegaba hasta llorar de emoción, bajo el influjo del loco y arrebatado entusiasmo que aquellas descripciones, himnos y ditirambos le producían. Así vivía Sandoval en una especie de artificial atmósfera, que le envolvía y saturaba hasta la médula de los huesos, por haber encontrado á su paso á tan potente desequilibrado, hecho quizá de la madera de los genios; y porque éste había soplado á sus oídos las palabras de las brujas: "¡Malcolm, tú serás rey!" ¿Qué extraño, pues, que hubiese ido creciendo como absorto y fuera de sí en medio de la sociedad que le rodeaba? El término medio de los aficionados y artistas de Fópoli, sabía poco de todas aquellas exquisiteces, y aunque amaba la música, y la cultivaba con pasión, no acostumbraba profundizarla ni en cuanto al arte, ni en cuanto á su ejecución, ni en cuanto á sus más gloriosas apoteosis. Puede decirse, por tanto, que don Teodomiro y su discípulo andaban como bogando por los aires, aquél al im-

pulso de sus propias alas, y éste encaramado sobre las de Gómez y Pérez.

Un loco hace ciento. Al principio de su iniciación en aquellos misterios, había tendido Sandoval á convertirse en maestro de música universal, como don Teodomiro; por fortuna, el mismo Gómez y Pérez atajó sus bríos, manifestándole no era tiempo de que se difundiese tan latamente por los campos artísticos, que eso vendría después, con oportunidad y naturalmente, que él había llegado á los cuarenta años sin tocar más que el "veolín," y que sólo de esa época en adelante se había dado al cultivo de todos los otros instrumentos. No por eso, no obstante, quiso cerrar herméticamente las puertas á la ambición del muchacho; sino que, entreabriéndoselas discretamente, le hizo una gran concesión, permitiéndole recibir lecciones de piano, en adición á las de oboe.

—El "peano," le dijo sentenciosamente, no es un "instrumento" sino una orquesta; tiene voces que pueden sonar al unísono, y un diapasón muy extenso; sus teclas pueden hacer las veces, aunque imperfectamente, de casi todos los "instrumentos" conocidos. Lástima que sean efímeras sus voces, pues el recurso de los trémolos es muy pobre, por no producir un sonido continuado, sino el repiqueteo de una misma nota. El del pedal tampoco es suficiente, pues no sólo prolonga la no-

ta que se quiere sostener, sino también todas las correspondientes á las teclas que se hieren; de donde resulta un verdadero guirigay, una cacofonía insoportable. A pesar de eso, dispone de grandes medios para bastarse á sí mismo, y como lleva á la vez el canto y el acompañamiento, no se oye pobre é ingrato, como los otros "instrumentos" cuando suenan solos. Sobre todas esas ventajas, tendrá esta otra para tí: te proporcionará manera de entrar en la buena sociedad. Como artista de talento que eres, serás solicitado para tomar "participación" en "reuneones" y conciertos aristocráticos y famosos; así entrarás en "contacto" con el bello "seso," y esto dulcificará tu "carácter," te separará de las malas compañías, y te dará "ocasión" para hacer un buen matrimonio, pues nada hay mejor que la armonía para armonizar los corazones. El "peano," sobre todo, podrá constituir para tí una carrera, si te consagras al profesorado. El oboe te servirá para el Hospicio y el "peano" para la vida "práctica."

Con esto, Joaquín, dócil á las indicaciones de su maestro, se consagró al piano con todo el ardor que solía poner en cuanto iniciaba y emprendía, y don Teodomiro, que conocía al palmo el mecanismo de aquel instrumento, supo dirigirle á maravilla y hacerle entrar con firme planta

por los encantados senderos de la más moderna y mejor escuela; y como el joven, por otra parte, tenía ya buenos conocimientos de música, venció pronto las dificultades de los nuevos estudios, y se halló en aptitud de ahí á poco, de ejecutar con soltura, buen número de piezas selectas y de fuerza.

Gómez y Pérez había logrado, años atrás, que sor Ignacia fundase una escuela de piano y canto en el Hospicio.

—El cultivo del arte, había dicho á la religiosa, se hermana bien con la pobreza, sin duda porque presta voz al dolor. Los compositores y cantantes más distinguidos, salieron durante más de dos siglos, de las casas de caridad italianas: ya de Santa María de Loreto, ó de San Onofre en Campania de Nápoles, ó bien de los hospitales de la Piedad, los Mendicantes y los Incurables de Venecia.

A más de las razones anteriores, expúsole Gómez y Pérez, para convencerla y ganarla á su partido, otras muchas de elevado carácter filosófico.

—La música, argüía, es el gran arte de los tiempos modernos. Los otros tuvieron ya su florecimiento en las pasadas edades; pero éste no ha llegado á "perfeccionarse" sino hasta nuestros días. La "arquitectura" llegó á su apogeo en "Egipto," Grecia y Roma, la escultura alcanzó su mayor esplendor en Atenas, la pintura

dijo la última palabra en el Renacimiento: ahora toca su turno á la música. ¿Por qué? Porque la "situación" especial de la sociedad contemporánea así lo "esije." Han muerto los ideales, no hay ya poesía, vivimos en un mundo esencialmente "práctico," que sólo se preocupa por la industria, el comercio y las comodidades de la vida; pero el alma humana no está conforme con la mezquindad de estos horizontes, y debajo de las "combinaciones" bursátiles y de los negocios mercantiles, echa de menos sus viejas "ilusiones," y gime y llora como pájaro "aprisionado" en estrecha clausura. Y como nuestra época no es "propicia" á los cantos poéticos, que son hoy escuchados con "indiferencia" ó con desdén por el mundo, ha encontrado en la música la válvula de seguridad de sus sentimientos, y por el número del compositor ó por la "ejecución" del artista, se desahoga de sus tristezas y canta sus confusas esperanzas. La angustia de la "situación," por otra parte, es sentida por los pobres de un modo más intenso y doloroso, porque en medio de las "manificencias" que nos rodean, están hoy más desamparados que nunca, y se convierten de pastores, herreros y toneleros, en grandes artistas, con facilidad casi maravillosa. La música es la voz del dolor y de las vagas "aspiraciones" de esta sociedad hastiada y sibarítica, que no

ha podido despojarse del romanticismo, de esa dulce tristeza, que es el amor innato del alma á la idealidad y al ensueño.

Eso y mucho más dijo en diversas ocasiones don Teodomiro en apoyo de su tesis, hasta que acabó por persuadir á sor Ignacia, de la utilidad de la nueva asignatura, y la obligó á crearla en el Hospicio; si bien no obtuvo esa concesión, sino después de haberse obligado á servirla de balde, ó poco menos, pues los recursos del establecimiento apenas bastaban para lo necesario, y no permitían que se les distrajesen en gollerías. Y Gómez y Pérez, fiel á su palabra, se consagró á ella con ahinco, y pronto comenzó á recibir el premio debido á sus afanes, pues fué sacando de su enseñanza excelentes discípulas, así de canto como de piano; y como no quería que las alumnas perdiesen el tiempo por falta de dirección, cuando por acaso no podía concurrir á la clase (lo que era muy raro), enviaba á Joaquín en su lugar para que lo supliese en el ministerio de aquella doctrina.

Así volvieron Berta y Sandoval á verse de cerca algunas veces, pues la joven había continuado sus estudios de canto bajo la dirección de don Teodomiro.

Después del arte, ó tal vez antes que él, no había en el mundo cosa que impresionase tanto á Joaquín como la presencia de su amiga inolvidable. Cuando la veía, sen-

tiase embargado por una emoción indefinible; se le hacía anhelosa la respiración y le palpitaba el pecho, como si hubiese subido á una torre muy alta. Y lo malo era que en tales ocasiones se ponía tan torpe, que no sabía lo que hacía, ó lo hacía todo tan mal, que estaba seguro de que Berta tendría de él una idea muy pobre. En los principios de su ingreso como adjunto en aquella clase, había sucedido que al tocar el piano, perdiese el compás, ó tocase una nota por otra; siendo así que una de sus especialidades más preciosas, consistía en la seguridad del pulso y en el arreglo preciso de la ejecución. Aquello dependía de una influencia misteriosa que ella ejercía sobre él y le privaba de acierto.

Nada hay que desconcié más á un enamorado á los ojos de la dueña de sus pensamientos, cuando ella no pierde también los estribos, que su aturdimiento y su timidez; mientras que, por el contrario, el desenfado y la sangre fría, suelen ganar á golpes de audacia el corazón de las hermosas. Poco favorable era, pues, para Sandoval la turbación que le embargaba á la vista de Berta, pues, como ésta no sentía, al parecer, atracción simpática hacia el joven, le miraba con ojos analíticos, y le hallaba tan trastornado por la emoción, que solía parecerle ridículo. Joaquín penetraba su pensamiento, y esa convic-

ción le tornaba más y más torpe; de donde nacía una cadena de contrariedades que no acababa nunca.

A ello contribuía en gran manera la charla insustancial y frívola de Paulina. Esta joven, que, en dos ó tres años de estudio, no había logrado aprender ni el primer método de solfeo, alimentaba gran inquina contra don Teodomiro y su adjunto, á quienes hacía responsables del atraso en que se hallaba. Según decía, no le hacían sus maestros el menor aprecio; pero ¿cómo habían de prestarle atención, cuando no encontraban en ella buen oído, ni amor al arte, ni dedicación al estudio, ni siquiera atención á las explicaciones del profesor? El mayor triunfo logrado por Paulina durante los años de su aprendizaje, había sido el de figurar en algunos coros, en lugar secundario y confuso; y aun así, se había hecho acreedora á severas amonestaciones y reprimendas del director, ya por sus frecuentes salidas de tono, ya por sus constantes salidas de tiempo. Todo eso la ponía furiosa, y su mal humor se desahogaba en epigramas é invectivas contra don Teodomiro y Joaquín.

—Si Joaquín me pretendiese, decía Paulina á Berta, le aceptaría para mozo ó cochero; no envidio tu conquista.

—Pero ¿qué culpa tiene el pobre de

que así le haya hecho Dios? replicaba Berta.

—Ninguna; pero es muy feo.

Berta, aunque protestaba siempre, reía algunas veces con motivo de tales pullas y críticas; y en el fondo de su corazón iban quedando asentadas aquellas impresiones, como heces de desdén para el pobre mozo. Y á compás de sus sentimientos hostiles, tornábanse los de Joaquín más tiernos y sumisos para ella todos los días. Las facultades estéticas de Sandoval no le ayudaban para defenderse, pues comprendía, sentía y admiraba tanto la belleza, que se le iba el alma tras ella, donde quiera que la hallase, y de cualquier naturaleza que fuese, ya en el cielo, ya en la tierra, ya en el círculo social donde vivía. Su constante contacto con la ruín humanidad que poblaba el Hospicio, formaba el claro-oscuro de sus gustos y aspiraciones. Tiempo le había sobrado para observar cómo cada una de las partes que forman el cuerpo humano, puede ser asiento y origen de fealdad y repugnancia, ó bien de belleza y encanto. Las cabelleras revueltas, los cútis ajados, terrosos y descoloridos, los dientes desiguales, careados y divorciados del cepillo, las orejas enormes, toscas y descuidadas, las manos negras, nudosas, de uñas sin cortar y ribeteadas de negro, los talles desijarados como huesos envueltos en trapo,

ó bien gruesos é informes, como odres ó barriles, los enormes cuadriles á lo patagón balanceándose de un modo repugnante ó los minúsculos y estrechos como de alambre, que no pueden servir de sostén á las faldas, estaban constantemente ante sus ojos, desde que había visto la luz. Y desde entónces también había observado que casi todas aquellas fealdades podían convertirse en manantial de emanaciones nada gratas, cada cual á su modo y según su índole: la cabeza, la nariz, la boca, los pies, el organismo en general, como materia en descomposición total ó parcial. De aquel conocimiento y de aquella experiencia, habían nacido para sus anhelos de artista, la admiración y la adoración exquisitas hacia todo lo opuesto, pues no había escapado á sus análisis que, en contraposición con aquellas imperfecciones y estados repulsivos, podían existir y existían de hecho, las bellezas y los atractivos contrarios: cabelleras sedosas, ya negras como el ala del cuervo ó rubias como el sol, pieles blancas y sonrosadas como el cielo matutino, ojos claros y refulgentes como estrellas, dentaduras finísimas, pulcras y nacaradas, manos alabastrinas y escultóricas, piecitos pequeños como de hadas y talles gallardos y cimbradores como las palmeras; y todo ello terso, limpio, bien oliente, como hacinado de flores brillantes y acabadas de cortar. Colo-

cado en una como centina de fealdad y repulsión, sabía apreciar en todo lo que valía, la blanca, nítida é incomparable belleza de Berta, porque no hay como un cautivo para amar el sol, ni como un hambriento para desear el maná del cielo ó la ambrosia de los dioses. No tienen las mujeres hermosas entre todos sus cautivos, adoradores más ciegos y entusiasmados, que los poetas y los artistas, pues sólo ellos saben ver, apreciar y adorar cumplidamente su belleza. Analizaba, pues, Joaquín á Berta, de la cabeza á la planta, y no le hallaba defecto. ¡Qué cabellera tan rubia, fina y rizosa, la que coronaba su cabeza, como nimbo de santa ó diadema de reina! ¡Qué frente tan pura y tersa, qué ojos tan grandes, tristes y pensativos, qué nariz de corte tan puro y proporciones tan armoniosas, qué boca tan pequeña, graciosa y encarnada y qué dientes tan menudos, parejos y blancos tenía la dueña de sus pensamientos! Así continuaba el análisis por el cuello y el talle hasta el diminuto piecécito, que parecía tocar apenas el suelo, y todo lo hallaba tan bello, fino y delicado, como si hubiese sido hecho para mero ornato de su dueña y recreo de los ojos, y no para llenar las vulgares necesidades de la vida.

Y más acaso que los encantos físicos, admiraba en ella el espíritu sereno y puro, la voluntad mansa y cariñosa y el co-

razón abierto á los encantos del arte y á los sentimientos más nobles y elevados; y la adoraba aún más por el áureo timbre de su voz, por las caricias de su acento, y por la finura y delicadeza incomparables de su ejecución artística. Hecho el examen minucioso de Berta, quedaba postrado, incapaz de resistir, de rodillas ante ella. No entraba en lo posible sobreponerse á su atracción, á su magia, á su imperio; era demasiado débil para oponerse á una fuerza tan grande. Penetrado de su debilidad, no luchaba, ni se le ocurría siquiera huir de aquella seducción; se hubiera dejado hacer mil pedazos, antes que romper los grillos y esposas de su dulce cautiverio. Verla, oírla, sentir su encanto, girar en el radio de su atracción y abrasarse en sus esplendores, eran para él las supremas glorias de la existencia.

Un día se atrevió á decirle en voz baja:

—Siento por tí un cariño inquieto, que no me deja un instante de sosiego: cuando te veo, porque me anonada tu presencia, y cuando estoy lejos de tí, porque me ahoga el aire que no respiras. Toda ausencia de tu lado me parece de siglos, y todo apartamiento de tí se me figura inmensidad. No sé si mi mala ó buena suerte me ha hecho concebir este afecto; pero sí que es superior á mi voluntad y que ha de vivir mientras yo viva. ¿Recuerdas los días de nuestra infancia? La primera

noche que llegamos al Hospicio, fuimos depositados en una misma cuna, y después continuamos unidos, hasta que los años y los reglamentos de la casa nos separaron. Entónces parecía que me profesabas cariño, porque me participabas de cuanto tenías, rogabas que no me castigasen y preferías mi compañía á la de los otros niños. Yo no he cambiado, soy el mismo de siempre, te quiero como antes. ó, mejor dicho, no soy el mismo, porque te quiero más, pues hay buena diferencia entre el afecto del niño y la pasión del hombre. Entónces te quería y ahora te amo; entonces lloré cuando me separaron de tí, y ahora me moriría si supiese que no volvería á verte. Pero estoy muy triste, porque desde hace tiempo se me figura que huyes de mí, y tu desvío me quita el sueño, la felicidad y la vida.

Habló Joaquín con acento conmovido y ojos llenos de lágrimas. El alma de Berta, que era tierna y vibrante y no se paraba en la superficie de las cosas, oyó aquel íntimo reclamo con gravedad y piadosa atención, comprendiendo que Joaquín decía la verdad y que aquel pobre mozo la amaba profundamente; así que no se enfadó al escucharle, ni pensó en afligirle con su desvío. Por lo que le contestó con dulzura:

—Recuerdo los años de nuestra infancia, y me son tan gratos como á tí. Tu

nombre y tu persona van unidos á tantas memorias de mi vida, que no me sería posible olvidarte, aun cuando lo quisiese, y no lo quiero. Pero debo ser sincera: el afecto que me inspiras, es tranquilo, no violento como el tuyo; no me inspiras amor, sino cariño.... Bien quisiera que mis sentimientos fueran otros; pero eso no depende de la voluntad, bien lo sabes.

Al oír á Berta, sintió Joaquín, con el instinto propio de los enamorados, que un hondo abismo le separaba de la joven, y el frío de la amistad hirió su corazón como una hoja de acero.

---

## XII

### La familia de Dena.

Berta había vivido rodeada de tales mimos desde la infancia, se había visto á tal punto preferida por las superiores, y había recibido tales caricias y agasajos de cuantos la rodeaban, que había ido acostumbrándose á considerarse de clase superior á sus compañeras, tanto más cuanto que la mayor parte de ellas, con excepción de Paulina y alguna otra que parecía de buen origen, eran trigueñas,